

baile para obsequiar al general Corona y á su comitiva: el general rehusó tal agasajo con modestia, manifestando sumo deseo de llegar cuanto antes á Guadalupe. Tomamos solamente una colacion bien rociada con vinos esquisitos, lo cual nos vino á dar el tono que necesitábamos: á las ocho de la noche volvimos á tomar nuestros asientos en la diligencia y á ponernos en marcha para la capital del Estado.

En esta vez todos íbamos animados del mejor humor, que se justificaba con las ocurrencias oportunas, inventándose, para mejor pasar la noche, lo que se verá en el siguiente capítulo.

### CAPITULO XXX.

#### CORONA EN GUADALAJARA.

Lo que se aprobó, entre los diversos medios que se propusieron para pasar una velada divertida, fué lo más sencillo en la apariencia y que vino, sin embargo, á darnos el hilo de las ideas y sentimientos de cada uno, á descubrir nuestras aspiraciones y principios, á quitar la careta á los que pudiéramos tenerla.

Fingimos que los que veníamos en la diligencia éramos los habitantes de una República en que era permitido por las autoridades que gobernaban que se sostuvieran todas las opiniones, existiendo como ley fundamental, pero enteramente practicable y sin la menor restriccion, la libertad del pensamiento. Entónces cada uno de nosotros tomó á su cargo repre-

sentar un partido ó una opinion política, que se hacia oír en la comunidad, ya por medio de sus oradores en la tribuna, ya por medio de sus periodistas en la prensa. Existia en nuestra República modelo, verdadero sufragio libre, verdadera representacion nacional, verdaderos políticos independientes, verdadera Constitucion federal que permitia á todos los asociados la práctica de los derechos que da al ciudadano la bien entendida democracia. Todavía una gran parte del país estaba sometida al Imperio, algunos de los que allí íbamos habíamos sido sus víctimas, y era muy natural que nos encontráramos dispuestos á ir en materia de libertades hasta la demagogía ó hasta el socialismo, puesto que entónces no era todavía conocida la comuna.

Rompieron el fuego los Sres. Armienta y Caravantes, suponiendo que tenían establecida en nuestra República una publicacion apoyada en el Clero, que defendia á capa y espada el principio monárquico: aunque aquello era un juguete, desde luego dejaron descubiertas sus aspiraciones. Yo nunca, ni cuando asistia á la escuela, ni despues por pura broma hubiera podido sostener el papel de defensor de doctrinas terroristas, que siempre han chocado con mi conciencia y con mi corazon. Expusieron su programa diciendo: que sostenian como el gobierno más conveniente la monarquía absoluta y dinástica, acompañada de las inmunidades y preeminencias del clero católico, con la respectiva infalibilidad del papa, con sus conventos de monjes y monjas etc., etc.

El general Corona se constituyó el representante de la democracia descamisada, tan intransigente como

el partido conservador en el polo opuesto, con sus medidas de terror al estilo del 93 en Francia ó de Rojas en México. Adolfo Palacio se sentia inclinado á descamisarse tambien y á entrar de lleno en la demagogía. Zakany y yo nos propusimos atacar las exageraciones de unos y otros, sentando, á nuestro modo de ver, en bases más sólidas y duraderas los principios de la verdadera democracia, fundándonos en la máxima de Juárez de que *el respeto al derecho ajeno es la paz*. Zakany era un húngaro, todavía jóven, y que ignoro que fin haya tenido, bastante inteligente, é instruídísimo en historia antigua y moderna. Tenia una prodigiosa memoria que le ayudaba á retener todos los nombres y todas las épocas, de suerte que cuando hablaba nos deleitaba con su erudicion, contribuyendo con ella á dar á nuestra bandera en el campo del debate repetidos triunfos.

Todo aquello no era en realidad más que un inocente entretenimiento para que no se nos hiciera pesado el camino; pero servia, como he dicho ántes, para dar á conocer un poco nuestros respectivos gustos é inclinaciones. El general Corona, que comenzaba entónces á figurar, y que no habia tenido más escuela política que la del campamento, aventuraba sus juicios con timidez y como queriendo poner á prueba la expresion de un escritor francés que dijo: *la palabra sirve al hombre para mejor ocultar su pensamiento*. Como íbamos allí verdaderamente en familia, tuvo oportunidad de deslizar algunas opiniones recojidas de aquí y de allá, seguramente en sus ratos de ocio, para saber, al ménos, cómo las recibiamos nosotros.

Entonces externó un principio que siempre me ha sonado mal aún en boca de los grandes políticos: *Los hombres son máquinas de que uno de be servirse mientras estén útiles: á la hora en que no se les pueda sacar ningun provecho, lo mejor es tirarlas.* Y este otro: *Lo mejor que se puede hacer con los hombres que sirven de obstáculo á nuestros propósitos es destruirlos;* y otro peor todavía: *Con hacer mal nada se pierde.* Fingia creer que profesando esas máximas en política y sabiendo practicarlas, no habia superior alguno que osara ponérsele delante.

Corona no habia aprendido nada todavía, no habia tenido tiempo ni oportunidad de instruírse, y hablaba, se puede decir, guiado por la luz natural, ó por lo que habia leído probablemente en algunos pocos libros de no muy buena índole.

A mí se me oprimia el corazon oyendo tales despropósitos; pero tambien reflexioné que todo aquello era una broma, y esperé á mejor ocasion para descubrir el verdadero carácter y los verdaderos sentimientos del que no era mi hombre, como llevo dicho, sino mi semi-dios.

Inútil me parece agregar como conclusion del pueril incidente que estoy refiriendo que los que adoptamos allí un temperamento netamente liberal, sin exageraciones ni intolerancias, fuimos los que quedamos victoriosos en las luchas de aquella República, teniendo los demás, de buena ó de mala gana, que confesarse derrotados. Solamente Caravantes, esa mala cabeza, tuvo que ser reducido al silencio en medio de la rechifla general, pues como se posesionó con toda formali-

dad de su papel, empezó á decir desatinos tantos y de tal calibre, que aun fué preciso amenazarlo con arrojarlo por una ventanilla de la diligencia si agregaba otra necesidad á las tantas que habia dicho. Se le hizo presente para contestar á sus reclamaciones que si era cierto que en nuestra República habia una gran libertad para la emision del pensamiento, sus habitantes no estaban obligados á dejarse taladrar los oidos con los gritos descompasados de un loco.

El general Corona impidió que diéramos aviso á las autoridades locales que todavia dependian de nosotros, de que en aquella madrugada iba á llegar á la ciudad de Guadalajara: no queria ser objeto de una ovacion que no podria ménos de mortificarle. Una de las principales virtudes de Corona y que le conquistaban mayores simpatías, era su modestia. Era hasta tímido para expresarse entre personas que no eran íntimas, subiéndole siempre el rubor á la cara. Era lo que puede llamarse un guerrero tan humilde en la apariencia como afortunado en el fondo.

No obstante sus precauciones, la noticia cundió entre muchas personas que se apresuraron á salir á recibirle. La primera persona que lo estrechó en sus brazos con ternura, fué D. Antonio Gomez Cuervo, su antiguo gefe en la carrera mercantil. Despues, llegaron representando al poder público, los Sres. Emerterio Robles Gil y Alfonso Lancaster Jones, y siguió aumentando la comitiva de gentes á caballo y en carruges, hasta llegar entre cohetes, repiques y cañonazos al palacio gubernamental de Guadalajara, en donde

tambien centenares de personas se habian reunido para ver llegar al fabuloso campeon de Occidente.

Todo el mundo aguardaba que las fuerzas de Corona, aparte de una buena organizacion, tuvieran sus vestidos y sus armas en corriente, toda vez que venian de lugares en que disfrutaban de una abundancia relativa: se les vió entrar á la ciudad casi harapientas, pero eran tales las simpatías que habian despertado el jefe y sus subalternos en la poblacion, que inmediatamente se encontró la disculpa: han sufrido mucho en la guerra y no exige más la sencillez republicana.

En un grupo de amigos dijo alguno:

—El mal vestido de una persona que tiene dinero, muestra ser un avaro, un santo ó un ambicioso, ¿conviene Vdes?

Los que estábamos en el grupo convenimos.

—Pues bien, continuó nuestro interlocutor, ¿á cuál de las tres categorías pertenece Corona?

—Por qué? ¿qué tiene que ver? le preguntamos.

—¿Viene vestido como corresponde á un general en jefe de todo un Ejército?

—Anda en campaña todavía.

—No importa: el trage que lleva lo empequeñece.

Poco faltó para que diéramos mordidas á aquel amigo audaz, que osaba asestar el dardo de la crítica contra nuestro ilustre caudillo.

Lo mas curioso fué que las gentes empezaron á decir que si las tropas no estaban vestidas, era porque se traia en caja medio millon de pesos, producto de los dos ricos Estados de Occidente que acababan de

ser sometidos: esta ilusion se disipó al otro día mismo, viéndose publicado el decreto que imponia un empréstito á todas las personas acomodadas de la poblacion, estableciendo penas severísimas á los que se resistieran á entregar el dinero.

Esto dió lugar á un incidente un poco escandaloso. El Lic. D. Jesus Camarena que fungia á la vez de Presidente del Supremo Tribunal de justicia, fué cuotizado con la cantidad de dos mil pesos. Seguramente fió algo en la representacion que tenia para no apresurarse á exhibir el dinero: habiendo pasado la hora designada, se le mandó aprehender conduciéndosele entre filas por las calles hasta el Palacio: se le hizo saber que su cuota ya no era de dos mil pesos sino de cuatro mil.

No la dió tampoco, y entónces se le hizo saber que de hora en hora debia írsele doblando y que mientras no la satisficiera se le haria servir de soldado raso y trabajar en la limpieza. Esto consternó á la poblacion y se levantó un clamoreo en que se pronunciaban estas ó semejantes sentencias:

—Esto no se vió ni cuando existian Piélagos y Manayo.

—Aquellos eran feroces, pero respetaban siquiera á los de su propio partido.

—Ahora se nos hace duro esto, porque Eulogio Parra y Donato Guerra nos han tratado muy bien.

—Si esto ha de seguir así, es mejor que vuelva el imperio.

Podria citar los nombres de las personas á quienes

oi estas conversaciones, pero no hay necesidad de ello, porque todas las gentes repetian lo mismo.

Se trató luego de expedir un decreto contra los traidores: era una especie de destierro en masa que debia verificarse á los cinco dias y en el cual se encontraban comprendidas centenares de personas. Convocó el general Corona á algunos liberales ilustrados para que emitieran su opinion sobre el asunto y casi todos fueron de parecer que semejante decreto no debia expedirse, ya fuera porque Parra con su conducta noble y prudente habia hecho crear confianza á los que habian sido enemigos de la República, ya porque el mismo gobierno general comenzaba á mostrarse benigno con ellos, ó ya finalmente porque no era político provocar nuevas alarmas ni nuevas inquietudes en los momentos en que las familias empezaban apenas á rodearse de tranquilidad.

Robles Gil, que era conocido por uno de los mas exaltados republicanos, declaró en la junta que él no autorizaria semejante decreto ni como secretario ni como gobernador, en caso de que se le revistiera de tal carácter, segun las indicaciones que al efecto habia recibido.

El general Corona vertió amargas quejas contra los liberales pacíficos, que siempre al último vienen á servir de estorbo para el desarrollo de la política.

—Como ellos no esponen nunca nada, no quieren arriesgarse al peligro remoto de las represalias. Está bien: nadie quiere ayudarme. . . tampoco les necesito para nada. Yo solo firmaré el decreto.

Probablemente, tampoco el Sr. Armienta habia querido firmarlo por no ser inconsecuente con su anterior conducta.

A la vez que se lanzaba el anatema contra todos los traidores, se cometió la inconsecuencia de nombrar gobernador del Estado á un hombre que tenia el mismo delito. Sírvanse los lectores pasar conmigo á otro capítulo.